



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Teatro del Balon, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Un triunfo de D. Crispin, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Rugier de Auriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

ADVERTENCIA.

Cerrado ya este número y en arreglo para la prensa, hemos leído el comunicado que dirige á los demás periódicos la Srta. Ramirez. Sin perjuicio de contestarle cual cumple á la esquisita galantería con que se sirve honrarnos en él, nos habremos de contentar por hoy con manifestarle que los datos sobre los que establecimos nuestras apreciaciones del otro día, nos fueron comunicados por persona que hace parte de la actual empresa, y eso sin escitacion nuestra. El origen era, como se vé, oficial.

Si los tales datos son exactos, entonces no hay motivo que nos haga cambiar de opinion; si nó, estamos prontos lealmente á rectificarla; porque la culpa será de otros y no nuestra. A la Srta. Ramirez no le hemos negado jamás el derecho de hacer sus ajustes como le plazca; solo sí habríamos lamentado el que exigencias superiores á la posibilidad de la empresa y del público, hubieran privado á este de seguir oyendo á una artista de tan innegable mérito, y á quien él mismo ha dado constantes pruebas de afecto y de cariñosa deferencia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

TEATRO DEL BALON.

Aunque la vecindad del Circo de Mr. Price tiene cohibidas las facultades de este teatro, defiéndose no obstante con regular fortuna, esperando mejores tiempos, que no tardarán segun las señas; porque para luchar ventajosamente con su fronterizo enemigo solo necesita aguas y vientos, y en la época en que estamos no es natural se haga esperar una ú otra cosa.

Para conllevar su situacion la empresa ha llamado en su auxilio una compañía coreográfica bajo la direccion de D. Ambrosio Martinez, que une la agilidad en la egecucion á la capacidad de director. La que pudiera llamarse columna y fundamento de esta importante seccion es la Señorita Doña Luisa Medina, jóven de académicas formas, de singular esbeltez, airosa á pesar de su elevada estatura, de sueltos pies y graciosos brazos, y que viste en fin con una majeza tan elegante como rica. En sus bailes serios sabe seguir los buenos tipos, en los característicos andaluces, hace que nó pierdan su sabor, pero sin desgarró. Es en suma esta jóven una excelente cosa en su género, y como además no se duele de sí en el trabajo, no es de admirar, antes bien es naturalísimo y justo, que aquel público la aplauda con entusiasmo, segun lo hace siempre que se presenta.

Pero no es el señor Martinez de aquellos que se contentan con que las partes que constituyen su seccion bailen cuatro coplas de boleras. Penetrado de que en el baile, como en todo debe haber algo de accion, organiza sus pequeños espectáculos tal como lo consienten los elementos de que dispone, y enlaza varios bailes sueltos en uno solo. Así da unidad á la escena, combinando además el descanso de los unos con el trabajo de los otros.

No han parado aquí los esfuerzos de la empresa en defensa propia, que es la mas legítima de todas y la que mas hace aguzar el ingenio. Contra los ataques de la caballería enemiga, contra la embestida de las intrépidas amazonas del Circo, ha formado el cuadro, es decir, ha llamado en socorro suyo á la Srta. Ramirez, que con la fama de su nombre, con las gracias de su egecucion, y sobre

todo con el prestigio que ha alcanzado en el otro teatro, puede hacer frente con ventaja á la legion extranjera ecuestre. Este ha sido todo un golpe de habilidad.

Pero todos estos recursos son puramente de circunstancias, y fuera de desear que lo que ha de constituir en definitiva la base del trabajo, esto es, la compañía dramática, se organizase para en adelante de modo que pudiese funcionar en alguna mayor escala. La Srta. Ramirez terminará en breve su compromiso segun creemos, la falange coreográfica parece que la seguirá despues, y es indispensable que el Balon piense en preparar su repertorio dramático, bajo las alas del cual se cobije el público en las largas noches del próximo invierno. Hoy, en la olla podrida de las piruetas y de las fermatas, entre *el Ole* y *el Buñuelo*, entre *La feria en Chamberí* y la balada de *Fra-Diávolo*, la compañía dramática cumple con tal cual piececilla de mala muerte ó con tal cual comedia de canto llano; pero cuando se halle sola y con la perspectiva de cinco horas de funcion entre tarde y noche, ha de verse apurada si no ha acudido ya á sus dramas de media legua, á sus castillos ruinosos, á sus subterráneos, á sus trampas ocultas, á sus despeñaderos y á sus hombres malos de botas de campana, que es lo que ha de hacerle el caldo gordo, y á lo que, Dios mediante, contamos con no faltar, porque preferimos el vivo interés que muchas de estas producciones encierran entre sus graves defectos, á la atildada frialdad y á la científica monotonía de esos declamadores de pasion y de esos artífices de versos, muy pulidos, pero tambien muy narcóticos, con los que ciertamente no rescatan lo pobre de su invencion.

Creemos, por tanto, que la empresa debe ocuparse de su porvenir, y en su consecuencia debe robustecer su actual compañía, exíguela por demás para hacer frente al trabajo que la espera. Así y todo, rara vez saben los actores medianamente siquiera sus papeles; y hay cada tropiezo y cada contrasentido que levantan en alto la concha del apuntador.

Entrando ahora en una breve reseña de las funciones egecutadas estos pasados dias, diremos que el viernes anterior se pusieron en escena dos piezas mellizas, intitulada la una *El sistema de Felipe* y la otra *El sistema de Felipa*; sistemas ambos mas difíciles de aclimatar que el sistema métrico. Hubo tambien un: *A los pies de V., señora*, cumplimiento que no hizo fortuna ni podia hacerla. Además sabíanse mal, ó mejor dicho, no se sabían ni mal ni bien; circunstancia que si es bastante á hacer malo lo que es bueno, aquí hizo detestable lo malo. Y

ahora que de egecucion hablamos nos tomaremos la libertad de aconsejar al Sr. Ballesteros, actor de mérito en su género, no haga viejos á personajes que no deben serlo, porque desdice lo que no es imaginable el ver á una jóven apasionada y celosa de un marido temblon, cascado y casi caduco. El que tales papeles sean mas de su cuerda no es una razon para que los egecute todos como mejor puede y no como mejor debe.

La Medina y Ambrosio trabajaron muy bien, y á vueltas de lo uno pasó lo otro.

El domingo debia cantar algunas piezas sueltas, como otras noches, la Srta. Ramirez; la seccion coreográfica anunciaba uno de sus mas aplaudidos espectáculos, poníanse además en escena dos producciones tan entretenidas como *Mi primera escapatoria* y *La familia improvisada*; pero aun con todos estos alicientes la entrada se presentaba floja y hasta lamentable. Dieron las seis, y las nubes de que se habia cubierto el cielo comenzaron á desprender algunas gotas; á las siete era ya formal aguacero; dentro y fuera del Circo se apiñaba el gentío y oíanse allí silbos y gritería; el mal pergeñado toldo daba por todas partes abundante paso á la lluvia; la autoridad mandó suspender la funcion fundada en el poderosísimo motivo de que la concurrencia no se componía de patos, y muchas de aquellas gentes, considerando que de allí al Balon habia harta menos distancia que de allí á sus casas, hecho además el ánimo de no pasar la noche en ellas, hicieron irrupcion en el teatro, constituyendo un lleno tan completo como no se habia visto igual en la temporada. Las piezas se sabian mejor y divirtieron; aplaudióse bien al jóven Navarro en la segunda, las señoritas Ramirez y Medina recogieron gran cosecha de palmadas, y poco antes de las once, hora tan racional como desusada allí, salian los espectadores contentos del rato, que es todo cuanto puede apetecerse.

Está visto: mientras el Circo dure, el Balon debe ponerse bajo la proteccion de Neptuno, dios de las aguas, y por consiguiente de los aguaceros.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

UN TRIUNFO DE DON CRISPIN.

La escena no es en ningun lugaron de mala muerte: es en una ciudad tan importante, tan culta, tan ilustrada como Cartagena.

La fama, vestida de mamarracho y subida

en el tejado del teatro Principal de Cádiz, había hecho llegar sus trompetadas en alabanza de D. Crispín hasta la noble ciudad de Amílcar y de Asdrúbal. Deseóse oír, porque, según allí decían, no puede dejar de ser una gran cosa la producción que ha alcanzado treinta repeticiones en un teatro donde tanto y tan bueno se ha oído, y ante un público que tiene tanta opinión de culto y tantos motivos para ser considerado como inteligente.

Pidiéronse libreto y partitura; púsose con esmero é hicieron los ensayos á puerta cerrada á fin de que el engendro pareciese después mas bonito. Hecho esto se le buscó día clásico y solemne para su estreno, el cual en efecto fué fijado para el 4 de Octubre, día de gala y de iluminación, como que lo era de S. M. el rey. Pero ¡oh dolor, oh infausta noticia para los crispinianos! Las silbas se contaron por sus escenas, y la final fué, según noticias, *horrorosa, inaudita, pero merecida*. Son palabras testuales.

Añade nuestro corresponsal que la escogidísima concurrencia que llenaba aquella noche el coliseo, al salir por las puertas exclamaba en son de mofa: «¿Y es esto lo que se aplaude en Cádiz? ¿Cómo es que un esperpento ageno al arte y á toda conveniencia social no ha llevado allí como aquí su merecido?»

No faltaron sin embargo quienes rechazasen este anatema, haciendo ver que hay aplausos que nada prueban respecto al valor de la obra, y que en Cádiz hay quienes hayan vuelto por los fueros del buen gusto y del decoro escénico, lastimosamente conculcados en producciones para las que ha sonado ya la hora del descrédito.

Lo que es en realidad malo acaba siempre por parecerlo á todos.

Sentimos el percance, pero no lo podemos llorar.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

ADVERTENCIA.

Escrita esta novela durante mis breves ratos de ocio y sin pretensiones de ningún gé-

nero, es muy posible que á pesar de los buenos deseos que me animan, se encuentre en ella mas de un desaliñado concepto, respecto á su estilo, y mas de una falta grave en cuanto á su conjunto histórico y filosófico. Séame lícito sin embargo esperar que los lectores de *La Moda* como personas galantes é ilustradas, tengan en cuenta esta sincera manifestación, á fin de que, supliendo con su benevolencia la escasez de mi ingenio, sepan dispensarme los defectos que hallarán sin duda en mi modesto trabajo.

CAPITULO I.

A principios del siglo XIV cuando las guerras de Aragón y Navarra estaban apaciguadas, disputaba todavía el rey D. Jaime II de Aragón las poblaciones que creía de su pertenencia. El rey de Francia, que lo era también de Navarra, no se las concedió de grado, y el aragonés resolvió tomarlas por fuerza. Para conseguir su intento envió un pequeño ejército al mando del capitán Rugier de Lauriga joven muy valeroso é hijo natural del general de la armada de este mismo nombre, y persona muy querida del rey.

La primera población de Navarra que se propuso tomar el joven Lauriga fué Sangüesa, por razón de estar fronteriza con el reino de Aragón, del cual solo dista dos leguas escasas.

Espiraba el mes de Julio cuando Rugier, el joven y bizarro caudillo, entró con su ejército en la jurisdicción de Sangüesa. Los naturales de toda la comarca, apercibidos de ello por la prevención que ya tenían, le salieron al encuentro y se empeñó un reñido combate. Los aragoneses, bien por estar mejor organizados ó por ser en mayor número, lograron penetrar en la ciudad que ya creían por suya; mas no sucedió así, porque le hacían mucho daño los vecinos desde dentro de las casas arrojándoles por las ventanas toda clase de proyectiles y objetos.

Dos horas llevaban luchando de este porte y los aragoneses empezaron á dispersarse, viendo que no podían conseguir la victoria ni posesionarse de la ciudad.

Lauriga tomó entonces el estandarte real en sus manos y se propuso salvarle á toda costa, ya estaba casi fuera de la población; mas de repente se abrió una puerta apareciendo por ella un joven que con mano de hierro detuvo la carrera del caballo del gefe aragonés y le dijo.

—Pié á tierra, y soltad el estandarte.

—¡Primero morir! contestó el capitán en tono firme y decisivo.

—Entonces te las verás conmigo; defiéndete; añadió el aparecido sacando su larga espada.

—No te tengo miedo bellaco; ven, que no me arrancarás el estandarte si antes no me arrancas la vida; mas te aseguro que voy á vendértela bien cara.

A estas palabras siguieron los hechos, y ambos peleaban con tal denuedo y tanto coraje que no se sabe por quien hubiera quedado la victoria, si no hubiese sobrevenido en aquel instante un inesperado incidente que vino á decidir la suerte de cada uno. Es el caso que habiendo llegado al sitio de la refriega un peloton de gente del pueblo, el aragonés se vió solo y acometido con furia, por lo cual, y habiendo recibido una tremenda cuchillada en la cabeza, fulto de fuerzas y de sangre, cayó sin sentido del caballo.

Entonces, poco generoso ó mas bien embriagado en la pelea, su contrario se disponia para atravesarlo con la espada, cuando sintió que le cogian del brazo diciéndole.

—¡Adrian! ¡hermano mio! Recoje el estandarte y deja á este jóven en paz. No es propio de un caballero asesinar á otro despues de verlo vencido y moribundo.

—Tienes razon, Catalina, respondió Adrian; y luego dirijiéndose á los suyos añadió; seguidme amigos míos; nuestro es el estandarte del rey de Aragon. (1)

Estas palabras fueron acogidas con loco entusiasmo. Todos desaparecieron entonces y el capitan Lauriga yacía en tierra sin dar señales de vida. La jóven Catalina, así que la turba hubo desaparecido, llamó á un criado de su confianza y con su ayuda logró entrar en su casa al herido, el cual fué colocado en una lujosa cama.

CAPITULO II.

Serian las doce de la noche; un profundo silencio reinaba en el alcázar de los reyes de Aragon, y casi todo el mundo se habia retirado á descansar; solo dos mujeres velaban en un elegante salon bastante reducido. Una de aquellas mujeres era entrada en años y la otra jóven y hermosa; esta última tenia entre sus manos un escrito que leía y releía mientras en su semblante se pintaba un sello de angustia y mal reprimida inquietud.

—Es preciso á toda costa, decia, que el rey vea este escrito.

(1) A resultas de haber cogido este estandarte los de Sangüesa variaron el escudo de sus armas (1303.)

—Esta noche es inútil que lo intentes, hija mia, contestó la otra. S. A. estará acostado ya.

—¡Oh! ¡qué desgracia! haber perdido el estandarte; nuestros soldados puestos en dispersion vergonzosa y... lo peor de todo para mí es que estamos ignorantes de lo que habrá sido de Rugier. Nadie sabe de él; del hombre en quien yo tenia cifrada toda mi esperanza.... Sin duda han debido matarle.

La jóven apoyó la cabeza entre sus manos y quedó como abismada en profundas y tristes meditaciones.

—Vamos, Ana, dijo al cabo de una breve pausa la de mas edad; retirémonos: mira si puedes conciliar el sueño. Quizás Rugier no haya muerto, y de todos modos no hemos de remediar lo sucedido. Mañana lo sabrá el rey, que nunca las malas noticias llegan tarde.

En aquel momento dieron un golpecito en la puerta y un criado preguntó desde afuera si la señora doña Ana estaba levantada.

—Sí, contestó ella con visible impaciencia: adelante. El servidor penetró en la estancia.

—S. A., dijo, deseaba veros ahora, dado caso que no estuviéseis descansando.

—Ya os sigo, dijo la dama desapareciendo á su vez y presintiendo alguna nueva desgracia.

Cuando penetró en la real estancia hallábase el rey D. Jaime II de Aragon medio recostado en un sillón de brazos, y ni la menor señal de disgusto revelaba su semblante tranquilo y apacible. Cuando vió aparecer á la dama se incorporó y la dijo.

—¡Ola! no me engañé! estabais levantada aun.

—Si, señor, estaba levantada porque cuando una tiene malas noticias, no es posible dormir.

Ya entiendo. ¿Os referís á esa escaramuza que han tenido nuestros tercios con los soldados del vecino? Eso no vale la pena.

—Pero ignorais, señor, que ellos han cojido nuestro estandarte?

—Lo sé, Ana; lo sé y repito que eso no es nada: lo único que me interesa es saber la suerte que ha cabido á Rugier de Lauriga vuestro prometido; es un valiente y sentiria que le hubiera sucedido alguna desgracia. Vos debeis estar enterada y por eso os he llamado para saber algo acerca de él, antes de emprender vuestra marcha.

—Aquí teneis señor, dijo la dama, estas letras que me escribió; en ellas me dice que no tenían esperanza alguna; su escudero me entregó el escrito y me dijo que posteriormente entraron en la ciudad, y que Rugier en persona llevaba vuestro estandarte. Es de suponer que al perderlo habrá sido muerto. Nadie lo ha

visto; ninguno de los que hasta la fecha han llegado dá razon de él.

—¡Pobre Rugier! lo siento por él y por vos, Ana; yo que prometí á vuestro valiente padre en la hora de su muerte haceros feliz: creí poder cumplir mi promesa uniéndoos con ese jóven. Ya sabeis que era digno de mi real estimacion, y estimado de todo el mundo. Con él repito que hubierais sido dichosa.

—Gracias señor, yo le amo, le amaba de todo corazon, porque vos me lo ordenásteis y porque creí que él vengaria la muerte de mi desgraciado padre; él me lo prometió; pero estaba decretado que no habia de suceder así. ¡Oh! por qué no nació hombre!

—Veo con placer Ana que no desmentís vuestra raza: desplegaís un gran valor en vuestras palabras, y es lástima que vuestro sexo no os permita confirmarlo. No en vano sentís circular en las venas la ilustre sangre de vuestros mayores. Retiraos á descansar, y si sabeis algo de vuestro amante antes de emprender la marcha me lo avisareis al punto.

—Está bien señor, dijo la jóven haciendo una reverencia y saliendo del salon.

Cuando entró en su aposento estaba su aya esperando impaciente.

—¿Qué hay? le preguntó; ¿se sabe algo de ese jóven?

—Nada, absolutamente nada; contestó Ana con desprecio. Está visto que no he de encontrar una persona que vengue mis agravios; mas no importa, yo los vengaré, y ese miserable rey de Castilla... sí, sí él me las pagará; lo juro por mi nombre, por este nombre que han llevado con orgullo cien ascendientes y que yo he deshonrado. El rey de Castilla me ha despreciado por otra despues de abusar de mi inocencia; ha hendido un puñal en el seno de mi desgraciado padre, temiendo la justa cólera de un enemigo tan poderoso y... repito que esto merece venganza.

—No recuerdes ahora esas cosas, hija, dijo el aya de Ana procurando calmar la exaltacion de la jóven; afortunadamente nadie sabe las relaciones que tuviste con el rey de Castilla; eres rica, jóven y hermosa, cuentas con la proteccion de los reyes, tienes un amante de los mas nobles del reino....

—¡Amante! y ¿pensais que yo amo? ¿pensais acaso que yo puedo amar? ¡Ah! no; si finjé amor á ese jóven fué solo porque prometió vengarme; pero ha sido un cobarde.

—Rugier no ha podido hacer mas que morir; repara que eres injusta Ana, y que las injusticias se pagan mas tarde ó mas temprano. Retirémonos á descansar y espero que mañana estarás mas razonable.

Ana obedeció maquinalmente; se dirigió á su alcoba y cayó desplomada sobre su lecho. Escusado es decir que en toda la noche pudo conciliar el sueño á pesar de la necesidad que tenia de descansar, puesto que al amanecer del siguiente dia tenia que emprender una jornada de siete leguas.

CAPITULO III.

Ana de Sobradíel, condesa de Cinco-Villas, era una jóven de veinte á veinte y dos años; de talle esbelto y aire distinguido; tenia grandes ojos negros que con su tez blanca y sonrosada, su altiva frente y desdeñoso ademan, formaban un conjunto hermoso y arrogante á la vez. Esta arrogancia natural en ella imprimia en su aspecto un sello de orgullo que hacia desmerecer su hermosura; porque cuando la mujer hermosa es sencilla, á su vez la hermosura vale mucho mas. Ana tenia talento y lo comprendia así; pero no podia dominar su carácter impetuoso y altanero.

Las cinco de la madrugada serian cuando Ana y su aya dejaban á Zaragoza acompañadas de dos escuderos de toda confianza, con direccion al pueblo de su apellido; es decir, á Sobradíel. Al abandonar el memorable castillo de la Aljafería, Ana hizo seña de que se acercase á un hombre que estaba en aquellas inmediaciones y que tenia las riendas de un hermoso corcel. Al acercarse el hombre á nuestra dama, se quitó su ancho sombrero, hizo una respetuosa reverencia y se puso en marcha con los demás sin pronunciar una sola palabra.

Una media hora escasa haria que caminaban, y apenas los cinco viajeros habian cambiado algunas palabras. Ana por su parte guiaba su caballo junto al desconocido, procurando quedarse un poco atrás del resto de sus acompañantes. Por fin, despues de un corto espacio de tiempo dijo Ana:

—¿Recibistes á tiempo mis instrucciones, Guzman?

—Muy de prisa he andado, y gracias á las muchas diligencias que he hecho no durmiendo en toda la noche, he podido recabar y traigo aquí en mi maleta lo que deseábais.

—No sabes el servicio que me haces, Guzman; pero yo te lo recompensaré.

—No necesito mas recompensa que la confianza de mi señora doña Ana. Bien sabeis que os profeso gran cariño porque os he visto nacer; he servido á vuestro padre hasta la hora de su muerte, y estoy dispuesto á sacrificarme por vos si necesario fuera. Vos, señora, sabeis si os he sido fiel en cuantas ocasio-

nes habeis tenido necesidad de mandarme alguna cosa.

—Ya lo sé, mi buen Guzman; ya lo sé, y por eso cuento contigo, porque ahora tal vez te necesitaré mas que nunca, y nadie mas que tú sabrá mis secretos. Por ahora, Guzman, debes saber que voy á establecerme en la frontera del castillo con trage y apariencias de hombre.

—Vos, señora!

—Sí, yo; y tú pasarás por mi escudero como lo eras de mi desgraciado padre.

—Ahora adivino para qué es la ropa que me pediais con tanta premura, y adivino tambien algo mas.

—Veamos lo que sospechas que voy á hacer en la frontera.

—Se me figura que vais á llevar á cabo alguna venganza.

—Perfectamente: empiezas á entenderme: algo de eso es efectivamente lo que me hace emprender este viaje.

Guzman quedó profundamente pensativo sin pronunciar una sola palabra, como si lo que acababa de oír le disgustara en extremo y no se atreviese á manifestarlo. Ana leía en el pensamiento de su fiel escudero, y comprendía que á no ser por el respeto que ella le inspiraba, hubiera él contestado contradictoriamente.

—Vamos, le dijo por fin; habla, dime ¿qué te parece mi proyecto? Yo te doy permiso para que me des cuenta de tu parecer con franqueza; quiero saberlo, toda vez que tienes que contribuir á realizarlo.

—Si os digo lo que pienso, señora, vais á creer que mis palabras son hijas de un pensamiento cobarde.

—Oh! no, de ningun modo; demasiado conozco tu valor.

—Pues no tengo que deciros mas sino que únicamente se venga el que deja la venganza en manos de la Providencia.

—¿Luego no apruebas mis proyectos?

—No, señora.

—Es decir, que no puedo contar contigo como yo creía.

—Eso es diferente, doña Ana; Guzman os sigue, os acompaña por donde quiera que vayais, y está resuelto á verter su sangre en vuestra defensa y á perder su vida en servicio vuestro: mas esto no obsta para que, habiéndomelo vos mandado, os haya dicho lealmente mi parecer como me lo diría á mí mismo: algunas veces me he metido yo tambien en empresas temerarias, de las cuales me hubiera sido imposible retroceder; pero mi cabeza siempre ha dominado al corazón; yo he sido viejo

en mi juventud, he tenido siempre presente los consejos de mi buena madre que cuando era muchacho me decia: „No aguardes á ser viejo para ser bueno.“ Esto mismo os digo yo, señora; pensad bien lo que vais á hacer.

Ana aparentó no prestar atencion á las reflexiones de su fiel escudero y dijo:

—Adelante, Guzman; adelante, que no veo ya á Berta ni á sus acompañantes; piquemos espuelas á los caballos y vamos á ver si los alcanzamos pronto.

El escudero obedeció y los dos caballos empezaron á galopar incorporándose á los pocos momentos con los demás.

Por fin, á eso de las once de la mañana llegaron nuestros viajeros á dar vista á Marlofa, pueblo situado á la derecha del camino y por el cual tenian que pasar para ir á Sobradriel que está en la misma direccion, si bien una hora mas allá en la orilla del Ebro, á la falda del Castellar. Al llegar al referido punto, Ana hizo alto y dirigiéndose á los dos escuderos que salieron con ella del alcázar, les dijo:

—Amigos míos, podeis entrar en Marlofa; allí nos esperan los señores del pueblo á quienes direis de mi parte que me ha sido imposible verlos, porque una causa imprevista me obliga á pasar la noche en Torres con Berta y Guzman; pero que mañana sin falta pasaré á verlos. Vosotros tomareis un refrigerio y despues que descansen los caballos podeis volver á Zaragoza.

—Está bien, contestaron á la vez los dos quitándose los sombreros, y guiando sus caballos por la derecha mientras los otros lo hacian por la izquierda.

Luego que pasaron al otro lado del camino dijo Berta llena de curiosidad:

—¿Me quereis decir, Ana, qué significa ese cambio tan repentino, y por qué vamos á Torres en vez de ir á Sobradriel?

—Por dos razones, Berta; la primera, por ver si el tío de Rugier sabe algo de su sobrino para comunicárselo á S. A.; y la segunda, porque vos, mi querida aya, vais á quedaros en Torres unos dias con vuestra familia.

—¿Y qué vas tú á hacer esos dias que yo esté en mi pueblo?

—Yo necesito saber lo que ha sido de Rugier, pues no ignoras que le amaba; dijo la jóven cruzando con su aya una mirada significativa; y que además, él prometió ayudarme á vengar la muerte de mi desgraciado padre.

—Es verdad, observó Guzman, que su muerte fué un asesinato horrible; y si es cierto como decís que el rey de Castilla le mandó matar, semejante homicidio está impune y clamando al cielo por un ejemplar castigo.

—Oh! pues aun no es eso todo, dijo Ana conociendo el terreno que ganaba en el ánimo de su escudero; aun hay mas; aun hay cosas que te causarian mayor indignacion si las supieras: mas á mí no me es lícito decirlas, porque á una dama de mi rango no está bien hacer alarde de ellas. Sábete por el pronto que el rey de Castilla mandó matar á mi padre porque no pudo lograr los malos fines que se habia propuesto.

—Os comprendo, doña Ana, y veo que vuestro encono es justo; ese rey merece espiar su traicion: contad conmigo y vengamos á vuestro padre.

—Ya eres mio, dijo Ana para sí.

Penetraban en el pueblo y suspendieron su diálogo; atravesaron dos ó tres calles y fueron á parar delante de una casa de buena apariencia que ostentaba en su fachada principal el escudo de las armas de los Laurigas. En aquella casa vivia un hermano del padre de Rugier, hombre muy poderoso que se habia retirado á la vida sossegada de un pueblo fértil y alegre como lo es Torres, y en el cual deseaba pasar el resto de su vida. No tenia mas herederos que su hermano y sobrino, y estaba enterado de las relaciones que mediaban entre este y Ana, así como de que el rey protegía estos amores.

Cuando Ana se hizo anunciar, el pobre anciano se apresuró á recibirla con los brazos abiertos y estrechándola en ellos amorosamente rompió luego en amargo llanto. La joven creyó que lloraba porque sabia la muerte de su sobrino por algun conducto fidedigno, y se apresuró á decirle:

—Guy, ¿sabeis de vuestro sobrino? decídmelo al punto, pues ignoro lo que le ha sucedido.

—Oh! contestó el anciano, quizá no le veamos mas.

—¿Pero qué ha sido de él? decídmelo. S. A. el rey quiere saberlo.

—Está gravemente herido; pobre sobrino mio!

—Herido! Y dónde se encuentra?

—En Navarra.

—¿Y por dónde habeis sabido eso?

—Me ha mandado un mensajero que llegó hace una hora, y él está encargado de comunicarlo á S. A.

—¿Y para mí no ha mandado ningun mensajero?

—No sé, hija mia; mas podeis enteraros, puesto que todavía está aquí el hombre, al cual he mandado que le sirvan de comer.

—Si me hiciérais el obsequio de hacerle entrar... estoy tan impaciente...

—Con mucho gusto, hija mia, sereis complacida al punto.

El anciano salió y á los pocos instantes penetró en la estancia un hombre joven y de finos modales, que sin embargo vestia un traje grosero. Al encontrarse frente de la dama se descubrió la cabeza con muestras de profundo respeto.

—Hanme dicho que me llama una noble dama y aquí estoy á sus órdenes.

—¿Sois el enviado de D. Rugier?

—Sí, señora.

—¿Con que está herido?

—En la cabeza y de gravedad.

—Oh! no sabeis cuánto lo siento al par que me alegro, porque lo creíamos muerto: esto hubiera sido mucho peor, pues no me hubiera quedado esperanza de verle. Decidme, ¿no os ha dado ningun escrito para Doña Ana?

—Ni para nadie, señora; él no puede escribir y solo traigo el mensaje verbal, confirmando mis palabras este anillo.

—¿El anillo con las iniciales del rey! ¡el que le regaló antes de partir! En verdad, señor mensajero, que debeis ser muy acreditada persona cuando tales cosas os confia D. Rugier.

—Yo sé cumplir lo que prometo aun á riesgo de mi vida.

—Concibo que habreis corrido gran riesgo entre los navarros; pero se os recompensará este servicio.

—No necesito la recompensa que me indicais: mi servicio es desinteresado, y si he venido á riesgo de esponer la vida ha sido solo por servir á una dama tan bella y tan amable como vos.

—¿Una dama os envia en nombre de Rugier?

—La misma á la cual debe su vida, y en cuya casa se halla herido.

—Y en qué poblacion de Navarra?

—En Sangüesa, señora.

—¿Y no podré yo saber á quién debemos el inestimable favor de haber recogido á Rugier, siendo su mas mortal enemigo? ¿Me será permitido saber el nombre de esa persona que tan generosamente se conduce?

—Creo que no hay reparo en ello: D. Rugier debe su vida á la joven Catalina de Montalvo.

—Oiga! Montalvo! uno de los apellidos mas antiguos del reino.

En el semblante del mensajero brilló un rayo de felicidad que pasó desapercibido para Ana, la cual decia para sus adentros:

—Le ha salvado la vida una joven noble que se llama Catalina! Rugier no me manda mensaje alguno; Rugier no me ama como yo creí;

pues bien, tanto peor para él.... Y luego dirigiéndose á su interlocutor añadió en voz alta:

—¿Con que decís que nada os dijo para mí?

—Nada absolutamente.

—Esta bien: os podeis retirar, y cuando volvais á verlo decidle de mi parte que estoy muy agradecida á Catalina, á esa dama que tan bien se ha portado con mi prometido.

—¿Cómo, señora! ¿el capitán es vuestro prometido?

—Sí, amigo mio; os lo digo porque, segun veo, él no tiene secretos para vos. Tambien le direis que me congratulo de que sepa elegir tan buenos mensajeros.

—Muchas gracias, señora, sereis servida como deseais.... Que Dios os guarde.

—Id con él, dijo Ana viendo desaparecer al jóven, mientras ella, pálida, con la cabeza erguida y el ademan amenazador dejó escapar de sus hermosos ojos una mirada sombría; luego dió algunos paseos por el cuarto y dijo en tono sarcástico:

—Oh! Rugier no me ama y no podré contar con él como me prometió; ha faltado á su palabra, y si le digo alguna cosa es muy posible que me amenace con revelar mi secreto. Necio! aun no sabe quién soy ni de lo que puedo ser capaz; però es preciso andarse con tiento, porque este mensajero no es lo que parece.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sra. D^a E. la R. de R.: *Lérida*.—Queda variada la direccion.

Sra. D^a C. E. V. de M.: *Hijar*.—Suscrita por 6 meses desde 1^o del actual.

Sr. Don E. de U.: *Mahon*.—Suscrito hasta fin de Diciembre.

Sr. Don A. R.: *San Roque*.—Id.

Sr. Don E. C. de A.: *Mendigorría*.—Id.

Sr. Don A. T.: *Madrid*.—Id.

Sr. Don J. B. de la C.: Sra. D^a C. R.: Sr. Don G. J. A.: Sra. D^a M. de los D. L.: Sra. D^a C. de Ch.: Sr. Don J. S.: Sra. D^a F. J.: Sr. Don J. G.: Sra. D^a F. de V.: Srta. H.: Sra. D^a T. P.: Sr. Don F. del C.: *Sevilla*.—Suscritos hasta fin de Diciembre.

Sra. D^a A. Ch. de B.: *Toledo*.—El día 12 se le han remitido los números que pide en la suya del 9.

Sra. D^a A. M.: *Ayamonte*.—En el próximo patron encontrará las iniciales que pide.

Sra. D^a D. M.: *Algeciras*.—Id.

Sr. Don R. de M.: *Algeciras*.—Id.

Sr. Don L. C. y S.: *Sevilla*.—Con el número 45 se le ha remitido el que pide en la suya del 9.

Sra. D^a I. U. y U.: *Calahorra*.—Se recibió la libranza para su suscripcion hasta fin de Diciembre.

A un suscriptor: *Cartagena*.—Recibidos los geroglíficos: en su día se publicarán.

Sras. D^a C. y N., V. y P.: *Figuera*.—Las ventajitas para los suscritores que anticipan el importe de un año, consiste en recibir de regalo 60 rvn. en libros: la lista de ellos se les remitirá cuando se imprima.

Sra. de S.: *Toledo*.—El día 14 se le han remitido los números de Setiembre que reclama V. por conducto del corresponsal de esa.

Sra. D^a M. de las A. G.: *Villaluenga del Rosario*.—Para que sean admitidos los números en el correo es necesario cerrarlos del modo que V. los recibe.

Solucion del geroglífico anterior.

Las pasiones y las novelas deslucen á las jóvenes.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

